

V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en
Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos
Aires, Buenos Aires, 2013.

La narrativa como forma temporal.

Vino, Noemí Amelia.

Cita:

Vino, Noemí Amelia (2013). *La narrativa como forma temporal*. V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-054/108>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/edbf/mcb>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA NARRATIVA COMO FORMA TEMPORAL

Vino, Noemí Amelia

Universidad de Buenos Aires

Resumen

Es difícil asir el tiempo, pues el pasado ya no es y el futuro aún no es. Sólo nos queda el presente, que vertiginosamente se convierte en pasado. Sin embargo, no cesamos de referirnos al pasado y al futuro, quizá porque al no poder capturarlo, nos conformamos con un sustituto que ocupe su lugar en nuestro sistema referencias. Un sustituto que haga presente lo ausente, es decir, que lo re-presente. El relato es una de las formas más usuales de representar el tiempo. Sin embargo, es lícito preguntarse si es la única y si hay otros modos de vivir la temporalidad. Es nuestro propósito en este trabajo examinar cómo se representa el tiempo en el relato, cuáles son los polos que se relacionan y, a partir de allí, cómo pensar la posibilidad de un tiempo no narrativo

Palabras clave

Tiempo, Narrativa, Sujeto, Historia

Abstract

NARRATIVE AS A TEMPORAL FORM

It is difficult to grasp the time, because the past no longer it is and the future not yet it is. Only we have left the present that vertiginously becomes past. Nevertheless, we did not stop to refer to the past and the future, perhaps because when not being able to capture it, we were satisfied to a substitute that occupies its place in our system references. A substitute that makes present the absent, that is to say, that represents it. The story is one of the most usual forms to represent the time. It is our intention in this work to examine how story represents time, which poles are related and, from there, how to think the possibility of a no-narrative time.

Key words

Time, Narrative, Story, Subject

1. Tiempo y tiempo narrado

Como señalara Agustín, es difícil asir el tiempo, pues el pasado ya no es y el futuro aún no es. Sólo nos queda el presente, que vertiginosamente se convierte en pasado. Y sin embargo, sabemos de qué estamos hablando. Nuestra vida cobra sentido en la referencia a lo pasado y al porvenir. Vivimos en el tiempo y no cesamos de planificar su desarrollo. Será quizá este carácter huidizo y a la vez necesario del tiempo lo que ha forzado al hombre a tratar de retenerlo en el lenguaje. Quizá, si, como sugiere Jerome Bruner, el relato es la primera forma de expresión lingüística, el motivo no sea otro que la necesidad de retener el tiempo para construir una identidad. Ahora bien, ¿es el relato un “sustituto” del tiempo? ¿Qué relación podemos establecer entre estas dos formas?. Por una parte, narrar significa tener la posibilidad de hacer presentes los momentos que no están. Pasados o futuros, aun cuando ya no estén, pueden quedar representados y referidos en el texto, cual sustitutos que ocupe el lugar del “momento” en nuestro sistema referencias, es decir, que lo re-presente. Ahora bien, un primer interrogante que surge es si el lenguaje, es meramente un sustituto de la vivencia temporal

o si tiempo y lenguaje no son sino una y la misma cosa. Quizá instauramos el pasado y el futuro al nombrarlos y, así, damos entidad a lo que es sólo discurso. Esta discusión, impulsada por el llamado “giro lingüístico”, está asociada a su vez con la preocupación no ya por la existencia misma del tiempo como categoría extralingüística, sino por la forma de la temporalidad, por su influencia en la experiencia y por su relación con la verdad, especialmente en las ciencias sociales. Uno de los focos de discusión se encuentra en el estudio de las narrativas y la forma que llamamos *relato o historia*. El relato es una de las maneras más usuales de re-presentar el tiempo. De diferentes modos y con distintas valoraciones, la Historia, la biografía, la ficción, la utopía, la historia de vida, cultivan esta forma. En algunos casos, como el de la literatura, la legitimidad de la representación no parece ser un tema de interés. Nadie preguntaría si el Quijote existió realmente, dentro de la teoría literaria al menos, y si lo hiciera sería una preocupación anecdótica y marginal. Si se transformara en relevante, ya no estaríamos en el campo de la literatura, sino de la Historia. En otros ámbitos, esta pregunta es relevante. La ya mencionada Historia, el Derecho, la Psicología y la Psiquiatría, parecen no poder desentenderse del interrogante por la verdad del relato, sea lo que fuera que esto quiera decir, y los mecanismos que validan la representación. En algunos casos, como la Historia y el Derecho, dejar de lado la pregunta parece terminar con el sentido tradicional de estas disciplinas. El campo de la Historia ha dado lugar a interminables discusiones. ¿Podemos pensar el tiempo? ¿Podemos pensarlo fuera de relación con el lenguaje, fuera de los testimonios en los que queda registrado? Estas cuestiones previas no son fáciles de abordar. Sin embargo, preguntar sobre el tema podrá ayudarnos a iluminar la función del relato en el ámbito de las ciencias en general.

2. Tiempo, realidad e historia

Como introducción y modo de abordar esta problemática, tomaremos dos opiniones que nos ayudaran a desarrollar un esbozo de respuesta. Por una parte, el filósofo Frank Ankersmit se coloca en lo que él considera una perspectiva mediadora entre el positivismo y el deconstructivismo. Hay que alejarse de peligrosos extremos que nos llevan a negar los hechos o a afirmarlos ingenuamente. Entre la Verdad absoluta y la total ausencia de verdad el autor busca una posición mediadora. Una analogía del autor nos introducirá rápidamente en su posición: pensemos en una representación icónica, una fotografía. Si la foto no está trucada, suponemos que representa una situación que tuvo lugar alguna vez. Pues bien, si afirmamos que la fotografía representa la realidad, y que esta realidad le da validez a la toma, nos encontraremos con el problema de que, como afirmamos en el inicio, el pasado, el “hecho pasado” por definición, no es. Del pasado sólo nos queda la “fotografía” y, más aun, el pasado sólo es en la representación. ¿De dónde obtener entonces un punto de apoyo para no caer en la ficcionalización absoluta del pasado? En primer lugar, es preciso hacer una “crítica del proceso fotográfico”. La foto no es una copia fiel de la realidad. Tendemos a suponer que, dada la mecanización del proceso, la fotografía es altamente objetiva, olvidando la subjetividad presente en

ella. Nunca hay fidelidad en la representación. Lo mismo y lo otro se entrelazan en la sustitución de los fenómenos. Una característica fundamental, atribuida por el autor a la representación, es la de combinar la resistencia y la tendencia al cambio: “La representación es paradójica, en otras palabras, ya que combina una resistencia a la diferencia y un amor hacia ella.” (Ankersmit, F. (2011), 22) y concluye que al igual que la identidad, la representación reconcilia semejanzas y diferencias y permite conservar la identidad a través del paso del tiempo. A partir de esta idea concluye que lo representado sólo puede adquirir entidad en su ser representado por la representación, la cosa representada no se distingue de su historia, de su representación histórica. El análisis de la fotografía puede extenderse a toda representación. Si fuera posible tomar los rasgos más salientes de la realidad y meramente copiarlos, esto supondría que la representación/fotografía es un “mensaje sin código”, dice Ankersmit citando a Barthes. Este es el motivo por el cual tendemos a creer que la fotografía nos acerca más a la realidad que la pintura, que, pensamos, es subjetiva y se ve distorsionada por la intervención del artista. En la historia, esta sospecha se despliega sobre la representación lingüística. Hecho y valor forman un continuo, son polos de una misma escala: “una representación histórica del pasado puede contener solo afirmaciones verdaderas sobre el pasado, sin embargo, estas afirmaciones pueden haber sido seleccionadas y orquestadas por el historiador de forma tal que sugieran fuertemente un cierto curso (político) de acción.” (Ankersmit, F. (2011), 37).

Esto podría llevarnos, si fuéramos escépticos, a desechar cualquier posibilidad de representación del tiempo. Pero Ankersmit no es escéptico. La imposibilidad del absoluto no es más que el reconocimiento de la relación ineliminable entre hecho y valor. Aceptarla lleva a colocar la epistemología en el marco de la estética. Para continuar con la analogía, hay que poner la fotografía en relación con el fotógrafo y los códigos que nos permiten leer esa imagen, es decir, reconducir el resultado a la instancia de producción. El fotógrafo positivista abstrae el producto y olvida el proceso; el deconstructivista, disuelve el producto en el proceso. Ambos pierden la tensión entre una y otra instancia, relación indispensable para pensar alguna forma de la verdad. Esta es una lección que las narrativas, en cualquier disciplina, deben aprender.

3. ¿Otra representación del tiempo?

Otro desarrollo importante, dijimos, para responder a nuestro interrogante, es el realizado por el fenomenólogo David Carr. Preocupado también por el escepticismo que pesa sobre la historia, indaga en el concepto de “realidad histórica”, en relación con la “narrativa histórica” y se pregunta por el estatuto de este vínculo. ¿En qué medida es la realidad histórica, si lo es, soporte y fundamento de la “historia”? Carr sostiene que hay una continuidad entre la realidad histórica y el relato. En lo que denomina “teoría de la continuidad”, elabora la idea de que la “forma narrativa” se basa en un nivel más básico que el del lenguaje, aquel en el que el tiempo humano es estructurado y experimentado, y es éste nivel ontológico, existencial, el que fundamenta la posibilidad de historizar. Ahora bien, el cuestionamiento de este autor se dirige al “monismo” propio de la concepción narrativista del tiempo. La narrativa se presenta no sólo como un tipo de escritura, sino la estructura de nuestro mismo ser, como la forma misma de la experiencia humana en general. Es esta concepción la que nuestro autor intentará ampliar y reformular. Si, como afirma el narrativismo, vivimos narrativamente antes de relatar lo vivido, el relato no es una forma impuesta a la experiencia amorfa, sino el principio de organización de la experiencia, es

decir, no es más que otra forma de llamar a la historicidad humana (ya conocida en filosofía). Ahora bien, si esto es así, ¿Qué podemos decir de los pueblos que no cultivaron el relato histórico? ¿Son ellos menos “humanos”? ¿O quizá esta ausencia supone una experiencia diferente del tiempo? ¿Qué sucede con los llamados “pueblos sin historia”? En este punto, Carr tampoco es escéptico. Aun cuando el relato está profundamente arraigado en nuestras formas discursivas, a tal punto que Bruner lo ve como una capacidad innata del hombre, no es necesario decir que la narrativa histórica, la biografía y la novela no existieron siempre. Si bien el relato deriva de la estructura de la existencia humana, es lícito pensar que no deriva de ella *necesariamente*. Dos tesis del autor dan apoyo a la idea de que es posible un tiempo no narrativo y una experiencia no narrativa del tiempo.

En primer lugar, Carr llama la atención sobre la idea, común en nuestra época, de que el presente adquiere significado a partir de su relación con el pasado y el futuro. No hay duda de que este juicio de valor del presente es independiente de la cronología. Podríamos considerar que el valor del presente está dado por otros elementos, tales como los que dan significado a los ciclos de la naturaleza y a los rituales culturales, sin negar la ordenación temporal. ¿Por qué privilegiamos el trancurso lineal por sobre la repetición de los ciclos, es decir, la novedad continua por sobre la reiteración? El día y la noche, las semanas y los meses, son una muestra de la rueda de nuestra existencia. ¿De dónde, entonces, el impulso a narrar? El surgimiento de la forma relato acompaña el desarrollo de la concepción lineal teleológica en Occidente, proceso que se profundiza en la modernidad con la idea de tiempo como movimiento cualitativo hacia el futuro (el progreso). Esto lleva a minimizar la influencia del tiempo cíclico propio del período pre moderno y pre cristiano. Desde este punto de vista, la forma narrativa no sería la forma del tiempo y de la experiencia del tiempo en sí, sino sólo la forma moderna, a la que podríamos oponer, quizá una forma posmoderna en gestación crítica de esa forma de poder que llama “grandes relatos”. En este sentido, la necesidad de coherencia del relato sería, bajo su forma de pensamiento optimista, una de las peores formas de violencia contra nosotros y contra los otros. Quizá los nuevos perfiles y biografía digitales, el “tiempo” de las redes sociales no sean indicios de estas nuevas formas de vivir el tiempo.

El rechazo de la narrativa, entonces, va de la mano con el rechazo de la razón instrumental y del sujeto moderno occidental. Esta crítica muestra que el “nosotros” del cual habla la historia, no es un signo universal, sino epocal y situado. Sin embargo, rescatar el la concepción ritual del tiempo, la reiteración propia de lo rutinario, no implica dejar de lado el tiempo lineal. Para Carr, es preciso pensar la experiencia humana del tiempo articulando lo narrativo con lo no-narrativo. Ambas perspectivas se complementan: la historia privilegia el evento en su diferencia con el antes y el después; en la concepción no narrativa, lo que da significado al evento es su igualdad antes que su diferencia. Es un error atribuir uno a la naturaleza y el otro a la cultura. Ambas contribuyen a modelar la experiencia humana del tiempo. Quizá haya aun más formas esperando su vindicación.

4. Conclusión

Hemos comenzado recordando el problema planteado por San Agustín según el cual no podemos definir el tiempo, pero sabemos qué es. A la luz del examen de los autores citados podríamos dudar de esta apreciación. ¿Sabemos qué es? ¿O simplemente vivimos una experiencia del tiempo pautada por interpretaciones epocales

que guían el sentido de nuestra vida? Es necesario, creemos, poner de manifiesto la relación entre la idea del tiempo, la subjetividad y el lenguaje. La subjetividad que vive el tiempo lineal y puede narrar su vida, sus cambios, sus progresos y fracasos representa sólo un modo posible de existencia. Aquella que vive sus rutinas, apegada a la cotidianidad, repitiendo esquemas casi idénticos, otra. Si en algo coinciden los autores citados es en la necesidad de articular hecho y valor en el transcurso temporal. No podemos negar la sucesión, pero, como ya se ha dicho, la clave se encuentra en el valor que le atribuimos, en las diferentes, para elaborar lo pasado. Los momentos que constituyen el tiempo adquieren sentido para el hombre concreto, no para “el” hombre. Quizá debamos prestar atención a la convivencia de ambos esquemas en nuestra vida: permanencia y cambio integran nuestra identidad. En qué medida prevalece uno u otro en *nuestra* sociedad actual, es una cuestión a reflexionar. Quizá estamos ante un nuevo modo. Las formas en que sujeto, tiempo y lenguaje se entrelazan hoy para nosotros sólo pueden pensarse en relación con la nuestra sociedad occidental actual, con su modo peculiar de existencia.

BIBLIOGRAFIA

Ankersmit, F. (2012) “Elogio de la subjetividad” en Giro lingüístico, teoría histórica y teoría literaria, Buenos Aires, Prometeo.

Bruner, J. (1990) Actos de significado, Madrid, Alianza.

Carr, D. (1998) “Phenomenology and Historical Knowledge” en Orth, E.-Cheung, C. Phenomenology of interculturality and life world, Friburg, Karlalber.

Carr, D. (1988) «Épistémologie et ontology du récit» en Paul Ricoeur: métamorphoses de la raison herméneutique, Actes du colloque de Cerisy-la-Salle, Francia.